
LA CONDICION DE LA MUJER.

PARTE PRIMERA.

Todo el que ambicione la igualdad no puede negársela á nadie, porque es base de moral universal no desear nada para sí que no se conceda espontaneamente á los demás.

La igualdad es condición primera de la libertad, sin la cual no es posible bienestar alguno; una y otra, verdades hermanas, no pueden tener vida separada: cualquiera desigualdad debe considerarse como una mutilación de la libertad de ciertos individuos, en beneficio de otros, mutilación que nunca legitimará una filosofía sana, porque para hacerlo tendría que hollar el principio más caro de la Humanidad, sobre el cual reposa el progreso como en eje principal.

Pudiera creerse que la desigualdad de la mujer es requerida por razones incontestables, pues que se ha mantenido desde el origen del

hombre, á pesar de las enseñanzas filosóficas; pero no es así; no se ha llegado al menos á demostrar su conveniencia de una manera formal, sea porque la sientan todos, y los sentimientos no necesiten de argumentos para sostenerse, sea por la imposibilidad que existe para defender razonablemente una causa tan contraria á los principios más rudimentarios de moral y justicia.

I

Antes de buscar y discutir las supuestas razones que pudieran alegarse en favor de la teoría de la desigualdad,¹ será útil trazar un rápido bosquejo del estado que ha tenido la mujer en los diversos tiempos.

En las etapas sociales primitivas de vida casi meramente animal, en las de cultura media y aun en pueblos de elevada civilización, considerados éstos en un gran número de sus relaciones domésticas é internacionales, la ley única, la ley suprema, es la de la fuerza, no

¹ Llamamos teoría al sistema de la desigualdad, porque no habiéndose establecido nunca en la práctica, el sistema contrario, ha sido imposible la más leve comparación entre ellos, y por tanto, la experiencia, que es lo opuesto de la teoría, no ha podido decidir cual de los dos sea mejor

hay otra que decida como árbitro; y para que esta monstruosidad de la barbarie brutal desaparezca, es necesario que transcurra una infinidad de siglos, hasta que las luces de la razón y del adelanto lleguen á iluminarlo todo. Dice Spencer: "En las sociedades inferiores, la voluntad del más fuerte, á la cual las leyes políticas no imponen ningún freno, y que no está guiada por ningún sentimiento moral, decide como soberana."

En esos estados primitivos no despuntan todavía ni los sentimientos ni las ideas que son fuente mucho más tarde de las relaciones de familia: el hombre y la mujer se unen según el azar y el capricho, á la manera de las bestias, (Lubbock, Bancroft), y sin que intervenga sentimiento afectivo alguno, (Lander, Mitchell, Lichtenstein, Lewin, Kolven); esta unión no está sujeta ni á duración ni á reglas determinadas; las relaciones sexuales que hoy son imposibles y cuya sola idea horroriza, son entonces comunes, (Herrera, Lubbock Petterick, Bancroft): ni los lazos de la sangre, ni cualquiera otra consideración forman impedimento para que se verifiquen, (Torquemada, Clavijero, Bancroft, Maspero, Heler). Concluiré pues con Spencer, que "es preciso mirar como primordial el método de reproducción que no está sometido á ninguna especie de interdicción."

Basta con lo anterior, para saber que el hombre, en sus orígenes, se eleva muy poco sobre la escala animal; sus móviles y hábitos son brutales y su inteligencia rudimentaria; no puede tener otra regla de conducta que la fuerza, por lo cual asume el dominio y señorío, imponiendo á la mujer, cuyos músculos son más delicados, la peor condición que pueda imaginarse. Este ser infeliz es entonces una cosa común, (Herodoto, Jenofonte, Clearco, Strabon, Cook), que se toma ó arrebatada con crueldad y fiereza donde quiera que se encuentra, (Collins, Oldfield, Lennan), y contra la cual se comete toda suerte de excesos: se la martiriza, (Eyrie), ó mata, (Soother, Fitzroy), y se la come, (Oldfield, Joly,) ó se la deja insepulta, (Oldfield).....

Víctima la mujer en este estado de promiscuidad, de horrores tales, su número disminuye rápidamente, y llega á ser mucho menor que el de los hombres; aparece entonces la *poliandría* de 2º grado, en el interior de la tribu, y la *exogamia*, en el exterior, formas ambas contrarias en todo para la mujer. La *exogamia*, "tal como existía primitivamente, implica una condición excesivamente abyecta de las mujeres, una gran brutalidad en la manera de tratarlas, una ausencia completa de los sentimientos elevados que acompañan las relaciones entre los sexos. Asociada con el tipo

más ínfimo de la vida política está igualmente asociada con el tipo más ínfimo de la vida social." (Spencer).

A la *exogamia*, raptó en el exterior, se contraponen la *endogamia*, matrimonio con mujeres de la misma tribu que el marido.

Se subdistinguen además, la *poliandría*, de 1º grado, cuando la mujer tiene muchos maridos que también tienen muchas mujeres, y de 2º grado, citada ya, cuando la mujer tiene muchos maridos que no tienen á su vez otra mujer; la *poligamia*, unión de un solo hombre y un número indefinido de mujeres, y por último, la *monogamia*, matrimonio de un solo hombre y una sola mujer. En la *poliandría*, cualquiera que sea su grado, los hijos, como no tienen padre determinado, dependen exclusivamente de la madre, cuyo parentesco siempre se impone, y la cual, débil y desvalida, y sin contar con el amparo ni la ayuda de ningún hombre, debe proveer á la manutención y cuidado de ellos, empresa penosísima, é inaudita, si se considera el estado constante de guerra de las tribus salvajes, donde el elemento primero de subsistencia y la regla única de conducta es la fuerza física, de la cual carece la mujer; el padre, cuyo parentesco queda desconocido, no reporta ningunas obligaciones, todas recaen sobre la madre; los hijos entre sí son medios hermanos solamente, no estando

ligados por los lazos del parentesco de ambas líneas, paternal y maternal: la unidad de familia es pues imposible, y la condición de la mujer casi peor que en el estado de *promiscuidad*. Viene después la *poligamia*, y aunque debe estimarse como un progreso social, porque determina el parentesco en la línea paternal, si bien lo deja algo flojo en la colateral, y porque con ella empieza á nacer la verdadera familia, compacta y una, con lo que adquieren las tribus mayor solidez; la mujer, no obstante, aprovecha muy poco de tales beneficios: la sola mejora que alcanza, es que en los estados anteriores quedaba expuesta á la feroz barbarie de todos los hombres de la tribu, y en el de *poligamia* no lo está sino á la de su marido, quien únicamente ejercerá sobre ella un poder absoluto é irracional; antes eran muchos los que podían golpearla hasta hacer que perdiese el sentido para arrebatarla fácilmente, muchos los que podían agobiarla con rudos trabajos, muchos los que podían herirla, y muchos los que la podían matar..... hoy, bajo el régimen de la *poligamia*, estas atrocidades subsisten, pero no brotan sino de una mano, la del marido. Aparece por fin la *monogamia*, tipo el más perfecto de matrimonio, y con ella las sociedades conquistan uno de sus mejores progresos: el parentesco se fija de una manera completa, y la unidad de fa-

milia se realiza. ¡Pero cuántos abismos y cuántas distancias quedan por recorrer para llegar á la faz que presenta la *monogamia* de nuestros días, la cual da á la mujer una condición de dependencia mitigada, condición en la que todavía permanecen estancados innumerables errores é injusticias!

Volviendo nuestras miradas á las formas primeras de matrimonio, vemos que no hay iniquidad ni salvajismo que puedan concebirse que no se ejerciten en contra de la desdichada mujer, y que este estado de cosas principia con la misma aparición del hombre, pero que se va dulcificando, hasta cambiar por completo, en proporción de la cultura y del adelanto á que llegan los pueblos en su marcha. ²

La desigualdad actual de la mujer no tiene punto de comparación con la de los estados

² Recordaré aquí algunas instituciones antiguas, que se consideran como antecedentes históricos principales.

Es sabido que la condición de la mujer asiria lo mismo que la de la caldea, fué bien miserable, entre otras causas por la *poligamia* que no guardaba allí ningunos límites. Otro tanto puede decirse de la condición de la mujer hebrea; el mismo Moisés se vió obligado á conservar la *poligamia*, (San Mateo XIX, 8, y San Marcos, X, 5).

Según la ley de Manou, la incapacidad de la mujer era absoluta y perpetua; dice así: "La mujer, durante su niñez, debe depender de su padre; durante su juventud, de su marido; viuda, de sus hijos; si no los tiene, de los próximos parientes de su marido; no debe gobernarse jamás á su antojo." (V. 148).

La ley de Mahomet sanciona preceptos como este: un hombre vale dos mujeres, y una mujer vale dos esclavos, (Korán, Sura IV, 6. 12 38 y Sura XLIII, 15-17).

En Grecia prevaleció el precepto de Manou: la mujer, debe de estar sujeta á una tutela perpetua, (Demóstenes

sociales primitivos: entre una y otra el progreso ha dejado diferencias incommensurables, aunque sin realizar aun el bello ideal de la Filosofía que condenará siempre toda desigualdad, cualquiera que sea.

Creo haber dejado manifiesto que la sumisión de la mujer surgió del abuso de la fuerza, y que no fué, ni podía ser, dado el estado semi-bestial del hombre primitivo, una condición meditada y racional para el mejor bienestar y adelanto de los pueblos. La historia nos demuestra muy por el contrario que ese bienestar y ese adelanto son mayores mientras menor es la desigualdad de la mujer.

II

La mujer, no porque sea esclava en las sociedades originarias, deja de ser tan capaz como el hombre para toda clase de trabajos, lo

Iseo); el marido á su muerte podía designar tutor á su mujer, y hasta escogerle un segundo marido, (Demóstenes). Dice Jenofonte, que se enseñaba á la mujer á no hablar, ni oír, ni ver, sino lo menos posible; y Platón, que la virtud de la mujer se reducía á guardar la casa, ocuparse de las faenas domésticas, y obedecer á sus parientes ó á su marido. Es ya trivial decir que la mujer griega vivía relegada en el gineceo, de donde nunca podía salir, excepto los poquísimos casos determinados por las leyes. (Aristófanes, Lysias, Iseo, Plutarco).

que ciertamente no sucedería si no hubiese una dotación igual de facultades naturales.³

Es preciso reconocer de una manera especial, que la mujer, en su sistema muscular es un tanto más débil ó más delicada que el hombre, pero aunque esto haya sido el origen único de su triste suerte, pues en la vida salvaje el dominio ó poder nacen exclusivamente de la fuerza, no debe tener ya trascendencia alguna; en la actualidad, cualquier pueblo medianamente adelantado adopta como reglas fundamentales de conducta que todo poder que arranque de la fuerza debe aniquilarse, y que la razón es el solo árbitro soberano. Nunca se han decretado incapacidades para los hombres poco robustos; tal insensatez no se ha llegado á suponer siquiera: sentado esto, ¿podrá decretarse la inferioridad legal de la mujer porque es débil?..... Otro tanto podría yo alegar aquí por lo que se refiere al es-

En Roma, aunque la mujer llegó á alcanzar una condición civil bastante adelantada, la herían, sin embargo, varias incapacidades; no podía ejercer la patria potestad ni adoptar, (Inst. I, 11 § 10), tampoco ser tutora de quien no fuese su hijo ó nieto, (L. L. 16 y 18, D., de Tutel), ni testigo de un acto civil, (L. 20 § 6, D., qui testamenta facere possunt, etc.), ni árbitro ó juez de un juicio, (L. 12 § 2, D., de Judic), etc., etc.; por último, la ley les prohibió que pudieran obligarse por otro, (L. L. 1 y 2, D., ad S. C. Vellei); de esta incapacidad trato en la nota 15.

³ Voy á estudiar detenidamente la condición natural de la mujer, no porque piense con la generalidad de las gentes, que una cosa tan sólo porque es natural debe aceptarse incondicionadamente, sino porque conozco cuántas y cuántas personas siguen esta doctrina sin consultar nunca su razón, y cuál es la fuerza que le dan.

tado nervioso que se ha atribuido tan gratuitamente á las mujeres como una condición natural de su organismo, pero no quiero anticipar las ideas.

La debilidad del sistema muscular de la mujer, no es empero un obstáculo para que ésta pueda emprender cualquier trabajo por penoso y difícil que sea, con éxito igual ó superior al del hombre, lo cual se observa en los lugares salvajes. Las sociedades primitivas perecerían sin la ayuda eficacísima de las mujeres, cuya cooperación abraza toda suerte de faenas; no hay tribu bárbara, histórica ó actual, donde la mujer no sea una máquina de trabajo, "una bestia de carga," (Gutzlaff, Thulié), "una acémila," (Virey), "el buey de su marido," (Barrow), "puede cargar ó arrastrar tanto como dos hombres," (Hearne): ella recoge los frutos de la tierra y levanta las piezas muertas en la caza; ella siembra las tierras y ella alza las cosechas; ella prepara las comidas y ella conduce los distintos objetos; ella confecciona los vestidos y ella hace los demás útiles; en una palabra, ella lo hace todo, pues como otra vez he dicho, "el hombre vive hartándose, recostado bajo el sol ó las ramas de los árboles, y no se levanta sino para ir á la caza ó á la guerra, funciones comunes á la mujer y también á cualquier animal" y las cuales no atestiguan ninguna superioridad,

como no sea la meramente brutal. Virey,⁴ Bancroft, Lafitau, Rienzi y otros, enseñan que la mujer en las tribus salvajes no sólo se encargan de una manera exclusiva de los quehaceres domésticos, sino que comparten además con el hombre las tareas que á veces se reserva éste porque le recrean.

¡Cuán arbitraria es pues la diferencia radical que el hombre ha establecido entre él y la mujer, atribuyéndose á sí mismo el poder, el valor y la inteligencia más dilatada, é imponiendo á la mujer la sumisión, el temor y la inteligencia más rudimentaria! Virey, poco consecuente con sus observaciones y las autoridades respetables de Strabon, Tácito, Gummilla, Venegas Curtis, Chardino, Boscovich, Cook, etc., etc., de quienes cita los pasajes más importantes á este respecto, llega hasta exponer más como poeta soñador que como sabio sensato, que "El uno (el hombre), es la cabeza y los brazos de la familia, la otra (la mujer), su corazón y su seno. El hombre obra y piensa, la mujer cuida y halaga."⁵

⁴ Dice este autor: "Entre las naciones salvajes las mujeres viven sujetas á las faenas más penosas, y reciben muy malos tratamientos de sus maridos, los cuales no se dedican más que á la guerra y á la caza." Véase la nota siguiente.

⁵ Nos manifiesta en otra parte que en las rancherías de los tártaros mogoles las mujeres montan á caballo como las Amazonas, y llevan la vida andariega de sus maridos; y que si los galos eran libres se debió sobre todo á las grandes prerrogativas de sus mujeres, quienes solían decidir en los negocios políticos, y servían de jueces en las contiendas y de árbitros en las lides.

Asegura de igual modo que "La Naturaleza infunde á la mujer la urgencia de la maternidad más poderosa que la vida y por la cual no hay sacrificio que costoso le sea".. Felizmente esta aserción es una pobre fantasía, pues á ser verdad, el mundo tendría entonces que luchar desesperadamente hasta vencer en la mayor parte de las mujeres esa decantada urgencia de la maternidad; de no hacerlo así, y dada la gran desproporción que existe entre el número de individuos de uno y otro sexo, se verían muy pronto violados completamente los principios más sagrados de régimen social y moral. ¡Desdichadas de las mujeres si todas ellas tuvieran que ser madres!

Toca ahora observar que el estado nervioso ó excitable que indiqué incidentalmente, y que ofrecen muchas mujeres, no es una condición natural de su constitución orgánica, como se cree vulgarmente, sino un efecto meramente artificial de la acción del hombre; donde quiera que la naturaleza obra con entera libertad, sin que la contrarreste el poder humano, la mujer, con relación al hombre, no sufre ningunas diferencias en su sistema neurológico: no se han encontrado jamás mujeres nerviosas entre las salvajes ni entre las campesinas cuya vida no se sustrae á la influencia pura de la Naturaleza.

Puede decirse lo mismo por lo que respecta

á los desarreglos que ofrecen ciertas mujeres en sus fenómenos fisiológicos especiales y que hacen padecer tanto á las que habitan las grandes ciudades, sobre todo á las de las altas clases, donde la Naturaleza está muy distante de obrar libre y puramente. Buffon establece de una manera precisa la relación íntima que media entre el clima, la calidad y cantidad de alimentos, etc., con alguno de los fenómenos dichos; Szukits, para marcar el caracter más ó menos grave de éstos, distingue las mujeres vienesas de las campesinas, y Brièrre de Boismont, llevando más lejos la distinción, forma tres clases: las mujeres ricas, las de la clase media y las pobres; es inútil añadir que la gravedad mayor corresponde á las vienesas y á las ricas.

Fácil es concluir que la superioridad que se ha impuesto á la mujer no es en modo alguno natural, es decir, producto de las fuerzas espontáneas de la Naturaleza, hemos visto por el contrario que mientras menos se sustrae la mujer á la influencia pura de la Naturaleza, en otros términos, mientras obra menos en su modo de ser la acción egoísta y ciega del hombre, la mujer presenta mayor igualdad de facultades y aptitudes, y ni por un momento es víctima de la acentuada debilidad nerviosa y muscular, ni de los desarreglos fisiológicos que afligen á las mujeres de las grandes ciudades, y en general á las que no ejercitan

nunca su sistema muscular, á las que lo dejan por el contrario en estado de inacción y de atrofia, en tanto que su sistema nervioso encuentra los mejores elementos para un desarrollo defectuoso y precoz..... "cuando las personas han sido educadas en invernáculo caliente como muchas mujeres de las altas clases..... al abrigo de todas las variaciones del aire y del tiempo, y no han sido acostumbradas á los ejercicios y á las ocupaciones que excitan y desarrollan los sistemas circulatorio y muscular, mientras que su sistema nervioso, y sobre todo, las partes de este sistema afectas á las emociones están mantenidas en un estado de actividad anormal, no es preciso admirarse de que las mujeres que no mueren de consunción adquieran constituciones susceptibles de desarreglarse á la menor causa externa ó interna, é incapaces de soportar un trabajo físico ó mental que exija un esfuerzo largo tiempo continuado." (Stuart Mill).

He hecho punto omiso de la supuesta inferioridad natural de la inteligencia de las mujeres, porque todo cuanto se ha dicho sobre este punto y todo cuanto se pueda decir es únicamente para pura pérdida de tiempo. Es imposible llegar á ninguna conclusión en esta materia, mientras no se establezcan previamente "las leyes psicológicas que determinan la influencia de las circunstancias sobre el ca-

rácter;" y en tanto que las mismas mujeres, gozando de iguales medios de educación y desarrollo que el hombre, no suministren los datos fundamentales para la cuestión, los que nunca obtendrá el hombre por sí solo, á no ser que pueda algún día penetrar al espíritu de las mujeres como al suyo propio. Admitiré, sin embargo, olvidando las palabras de Stuart Mill, ⁶ que las mujeres no tienen igual aptitud para generalizar que el hombre; pero si admito esto, no se me negará en cambio que le son muy superiores por su prontitud para descubrir el lado práctico de cualquier asunto y porque jamás se extravían en los campos de la abstracción; la mujer tiene además la facultad de analizar de una manera precisa y minuciosa los fenómenos que observa, y goza por último, de una viveza de comprensión tan sorprendente, que ha llegado á obtener en ella el nombre de *intuición*. Todo esto forma un poder especial de las mujeres, poder que puede considerarse como complemento del que tienen los hombres para abstraer ó generalizar; ambos se implican como condiciones recíprocas para el mejor éxito intelectual, y no asumen, separadamente, ninguna supremacía.

⁶ Asienta este gran maestro "Yo creo que hay presunción en decir lo que las mujeres son ó no son, lo que pueden ser ó no ser en virtud de su constitución natural. En lugar de dejarlas desarrollarse espontáneamente se las ha tenido hasta aquí en un estado tan contrario á la Naturaleza, que han debido sufrir modificaciones artificiales."

III

Aunque acabo de sentar que la inferioridad de la mujer no es un efecto de las fuerzas naturales espontáneas, y que muy al contrario la Naturaleza dotó á la mujer de iguales facultades que al hombre, voy á discutir ahora si es ó no conveniente establecer la igualdad, pues ya he dicho ⁷ que no pienso con la generalidad de las gentes que todo lo que es natural y tan sólo porque lo es, debe aceptarse sin condición alguna; existe un número infinito de cosas absolutamente naturales y que sin embargo se combaten y aniquilan; no es ya el tiempo de las antiguas escuelas filosóficas que llegaron hasta erigir como principio fundamental el precepto *Naturam sequi*, precepto erróneo y falsísimo; el hombre no ha cesado nunca de luchar con la Naturaleza: puede decirse que el fin constante de la civilización consiste precisamente en modificarla, mejorándola en lo que tiene de vicioso. ¡Desdichado, si nó infame, el que la obedezca ciegamente!

Es un hecho innegable que el progreso social y su estabilidad creciente están marcados

⁷ Véase nota 3.

por las conquistas cada vez más avanzadas de la igualdad de la mujer; este fenómeno, plenamente comprobado por la experiencia de todos los siglos, ha sugerido á los pensadores la idea de tomar la condición de la mujer como el mejor termómetro de civilización: habrá mayor cultura y adelanto en un pueblo, mientras esa condición se acerque más en él á la igualdad, ⁸ la cual se impone por doquiera no sólo como la regla más general de conducta, sino también como el único medio de realizar felizmente el principio de libertad; la ley primera de moral, por otra parte, no permite que se desee nada para sí que no se conceda á los demás, y es la igualdad lo que deseamos todos como nuestro bien supremo. Aparecen, pues, desde luego, fuertes presunciones en favor de la igualdad de la mujer.

Examinaré en seguida, los efectos de la desigualdad, tomando mis observaciones de la esfera de las grandes masas, y muy pronto quedará de manifiesto cuán perjudiciales y funestos son.

⁸ "Es muy cierto que los países en donde las mujeres son libres y pueden aspirar á los mismos derechos que el hombre, son también más civilizados y libres que los otros." (Virey).

"No se sabría mostrar el progreso moral del género humano más claramente que oponiendo la situación de las mujeres entre los salvajes, y su situación entre los pueblos civilizados. En un extremo un tratamiento tan cruel como es posible soportarlo, y en otro un tratamiento que en ciertas condiciones da á las mujeres la preeminencia sobre los hombres." (Spencer).

Hoy por hoy, el hombre, luego que empieza á tener conciencia de lo que oye y ve, casi desde que nace, encuentra en su hogar, no una escuela de verdaderas virtudes, las que requieren como condiciones necesarias los principios gemelos de libertad é igualdad, sino una escuela de perpetuas y crueles iniquidades, donde es lícito, la ley, si nó lo ordena, lo permite, ejercer momento á momento el despotismo más tirante é ignominioso sobre los séres débiles, sin que se incurra en ninguna reprobación; donde no existe otra personalidad que la del jefe de familia, quien asume la de su esposa, la madre, figura la más sublime del hogar, pero que no goza de voluntad propia, supuesto que tiene que obedecer ciegamente á ese jefe de familia; en realidad, la esposa es mera esclava con disfraz de señora, una cosa para decirlo de una vez. Obsérvese de paso cuán cierto es que la mujer no encuentra lo que moralmente puede ambicionar, ni en el matrimonio, único porvenir real que se le ha dejado. Y por lo mismo que el hombre empieza á presenciar ese estado de cosas casi desde su cuna, tiene que acostumbrarse y familiarizarse con él, llegando al fin á considerar la tiranía doméstica, la que se practica contra las personas que no pueden oponer resistencia, que es la peor, como perfectamente *natural* y por tanto necesaria y no modificable, merced á las teorías an-

tiguas de las escuelas filosóficas que hicieron de la Naturaleza un supremo pontífice cuyas menores indicaciones había que seguir incondicionalmente: "obedeced á la Naturaleza," he aquí su lema engañoso y fatal. Con todo esto, arraiga en el hombre de una manera inevitable y profunda la idea de la inferioridad de la mujer, quien por su parte y también desde niña, principia á mirar al hombre, del cual tiene que esperar todo, subsistencia y protección, como un ser infinita y *naturalmente* superior, por lo que jamás intentará competencia alguna con él. Es, pues, en sumo grado difícil que pueda nacer y desarrollarse fructuosamente un movimiento de emancipación; las más de las mismas mujeres, á quienes tanto y tanto beneficiaría, otorgándoles la vida verdadera, la vida de libertad, lo juzgarían un absurdo quimérico y le serían contrarias; los resultados de semejante cambio deben de parecerles, de igual modo que á la generalidad, desmedidamente ridículos, porque pugnan con lo que es más habitual; y aunque el ridículo por sí mismo no implica ni razón ni argumento, tiene no obstante la fuerza suficiente para hacer que el vulgo desprecie las mejores ideas y deseche las empresas más meritorias.

Debí de observar ante todo que el hombre tiene siempre á su mano mil y mil medios de subsistencia y que la mujer no dispone sino

de muy señalados; el hombre puede emprender cualesquiera trabajos sin encontrar nunca ningunas trabas, y la mujer solamente los que son menos productivos y que por despreciables no forman el privilegio de aquél. De aquí que el hambre, apremiador que no se resiste, arroje á un número increíble de mujeres hacia la prostitución y hacia el crimen; principalmente á la primera.

Cualquiera que medite bien y considere que para la mujer es una ilusión irrealizable la libertad, la concepción más bella de la humanidad, no puede menos que sentir grande tristeza. En tanto que el hombre goza siempre de una libertad amplísima y encuentra abiertas todas las puertas que conducen al bienestar ó á la gloria, la mujer no puede entrar nunca á ninguna de éstas, ni da tampoco un solo paso que no esté reprimido por exigencias y preocupaciones sociales. A la mujer no le es lícito, como al hombre, alcanzar por su propio valer el respeto y la consideración, objetos últimos de nuestras aspiraciones; para que los obtenga es forzoso que se resigne á ser esposa, aunque no tenga vocación para el matrimonio, y que sacrifique á su marido su existencia entera entregándole su persona y bienes sin restricción ni requisito, en una palabra, es preciso que se convierta en su cosa, como he dicho; si no lo hace ni vive al amparo ó arrimo

de algún hombre, no importa saber bajo qué título, será una presunta víctima que cualquiera, aún el más canalla, se creará con derecho á inmolar, atentando á su honor y felicidad. La mujer no tendrá día en su vida en que no deplora su impotencia y sujeción; vez llegará en que se persuade de que es una desgracia real el accidente de su sexo. El hombre por el contrario tendrá en todo tiempo nuevos motivos para pensar que nació superior á la mujer y para dominarla.

Exceptuadas algunas mujeres casadas que pueden llenar largos años de su vida, consagrando sus cuidados y ternura á sus hijos, todas las demás, añadido el número inmenso de solteras, están condenadas á una vida estéril que se desperdicia inevitablemente, vida en la cual dominan los temores constantes de un porvenir incierto y las tristezas letales de las aspiraciones que nunca se cumplen, atormentada por los punzantes dolores de la histeria, y que se apaga entre ciegos fanatismos ó delirios ascéticos.

Todos los males apuntados y otros muchos, nocivos todos para la humanidad entera, desaparecerían bajo el sistema de la igualdad, porque bajo él desaparecen las causas que los originan.

A la consideración que antecede hay que añadir la muy especial de que al presente son

infructuosos elementos incontables y valiosísimos de progreso, debido á las funestas y arraigadas preocupaciones sobre que reposa la desigualdad de la mujer. Sería imposible precisar cuántas y cuántas mujeres de capacidad egregia y mucho muy superiores á la gran mayoría de los hombres, dejan hoy de cooperar, aunque no lo quieran, al adelanto; bajo el sistema de la igualdad, su cooperación será perfectamente realizable, porque bajo él se aprovecharán todas las fuerzas, para multiplicar así el progreso; la competencia y la emulación que han dormido durante el largo curso de los siglos en todo el sexo débil, se despertarán bajo él con desconocido vigor y producirán presto sus mágicos resultados..... ¡Ojalá y se establezca tan preciosa institución! Pocos países aventajarán con ella tanto como el nuestro, pues pocos requieren tanto como él brazos que remuevan sus tierras, dirijan las máquinas de la industria é impulsen el movimiento del comercio, é inteligencias que puedan producir las luces del saber.

Es de lamentarse en verdad que haya todavía sostenedores exaltados de la desigualdad, que nieguen á la mujer una libertad completa tal como la que ellos tienen, y la cual se procurarían, si les faltara, aún á costa de su misma vida; fácil les sería descubrir lo erróneo é injusto de su causa, si se despojasen de

necias preocupaciones y sentimientos enfadosamente egoístas: bastaría les detener sus miradas en las páginas irrecusables de la historia y leer la larga lista de mujeres que han sabido elevarse hasta la esfera de los genios, luchando con mil y mil elementos adversos y sin disfrutar de los ventajosos medios de educación y desarrollo del hombre, ni encontrarse en las demás condiciones favorables que él.